

Indigenismo, indianismo, el mito del buen salvaje *

La celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América ya se ha convertido en un nuevo pretexto para una campaña de denigración de la conquista y colonización española por parte de las corrientes interpretativas tercermundistas e indigenistas. Es preciso, por lo tanto, rectificar algunas nociones históricas deliberadamente tergiversadas y desentrañar la ideología en que se basan estas tendencias, el relativismo cultural al que se agregan algunos antiguos mitos: el buen salvaje, la Edad de Oro, el retorno a los orígenes arcaicos, la utopía de la América Mágica.

La posición de la cultura oficial blanca americana con respecto a los indios pasó por diversos avatares. Hubo una boga efímera de indigenismo en la primera etapa de las guerras de la independencia americana, como un arma más en la polémica de la colonización española, y también para lograr la adhesión de los indios a los ejércitos criollos. De este indigenismo revolucionario quedó alguna estrofa tipo canción de protesta, luego censurada en el himno nacional argentino —...*se conmueven del Inca las tumbas...*—, la extravagante propuesta de coronar a un príncipe Inca, lo cual nunca fue tomado en serio. Uno de los pocos actos concretos como la liberación de los tributos a los indios en el Alto Perú, sólo consiguió arrojar a las altas clases criollas a las filas contrarrevolucionarias. Por otra parte, tampoco, salvo excepciones como la mexicana, se logró la movilización masiva de los indígenas a favor de las guerras de independencia.

Los indigenistas reivindican las sucesivas rebeliones indígenas desde el siglo XVI y, sobre todo, las del siglo XVIII, como precursoras de la revolución emancipadora. Pero el fin de todos estos movimientos irredentistas era restaurar el orden precolonial y no crear uno nuevo. Tales las conjuraciones de 1564 en el sur del Perú y de 1739 en Oruro que se proponían el entronizamiento de sobrevivientes incas. Otro tanto puede decirse del levantamiento de 1740 del Cuzco cuando el cacique Tupac Amaru quiso hacer valer su linaje aristocrático inca y reivindicar el nacionalismo quechua o, el de 1742, encabezado por Atahualpa, o el de los comuneros de Nueva Granada

* *Del libro en preparación Asedio a la modernidad.*

de 1761, cuyo objetivo en ninguno de los casos fue la independencia de los españoles. El caso de la rebelión aimara de Tupac Katari en La Paz de 1782 fue netamente racista; no solamente atacaba a los criollos sino también a los mestizos y aún a los quechuas, en un intento de aimarización, de retorno al estado preincaico. A Tupac Katari se atribuye la frase: *Volveré y seré millones*, que Howard Fast adjudicó a Espartaco y los peronistas a Eva Perón. Estas sublevaciones podían asaltar cuarteles y guarniciones, destituir autoridades locales y hasta tomar transitoriamente el poder en algunos pueblos, pero eran incapaces de mantenerlo. Como todas las rebeliones que no podían presentar un modelo de sociedad más avanzado, como las rebeliones de los esclavos en la antigüedad, o las guerras de los campesinos alemanes del siglo XVI, las rebeliones indígenas del siglo XVIII estaban inevitablemente destinadas al fracaso. El movimiento de independencia iba en sentido contrario al de las rebeliones indígenas. Sus dirigentes más avanzados, a excepción de algunos mexicanos, se proponían superar la etapa colonial, no para volver al pasado precolonial sino para alcanzar el nivel de las sociedades europeas más adelantadas de la época, profundizando todavía más el abismo con las sociedades indígenas. Los indios, por el contrario, sólo podían ver con temor la instauración de este nuevo orden económico y social que los arrancaba de las comunidades agrarias primitivas allí donde aún existían. Mientras la monarquía española protegía estas comunidades indígenas y mantenía el status quo para lograr la sumisión del indio, la revolución emancipadora, y luego la república con intenciones renovadoras, destruía la tenencia colectiva de la tierra por los indios, medida imprescindible para imponer el capitalismo, modo de producción más avanzado que el comunitarismo primitivo indígena. En 1824 un decreto de Bolívar imponía la propiedad privada de la tierra, disolviendo aceleradamente las comunas indígenas. Pocos fueron, por lo tanto, los indios que adhirieron voluntariamente a los ejércitos criollos y aun muchos formaron parte de las filas contrarrevolucionarias. Algo muy distinto ocurrió con los negros, quienes sin ningún régimen anterior que reivindicar estaban más integrados a la sociedad criolla y jugaron un papel importante en las guerras.

A este primer intento frustrado de arrastrar a los indios a la causa de los criollos siguió una segunda etapa donde los acuerdos y la utilización política de las tribus se alternaban con la persecución y el exterminio. Los indios, por su parte, se acostumbraron a la total falta de lealtad, colaboraban con las tropas o las traicionaban según las circunstancias. Los caciques ponían sus tribus al servicio de uno u otro caudillo, indiferentes a la fracción política. El ejército de López en sus campañas de Buenos Aires y Córdoba estaba formado por contingentes de indios que eran excitados como dice el general José María Paz en sus *Memorias*: «Por las propensiones al robo, el asesinato y la violencia». El cacique araucano Calfucurá estuvo al servicio de la dictadura de Rosas y por encargo de éste masacraba a otras tribus insumisas. Tanto Calfucurá como Catriel formaron en las filas del ejército rosista en Caseros y se pasaron al vencedor al día siguiente. Catriel era un agente doble, avisaba a los jefes de fronte-

ra cuando se organizaba un malón pero si éste tenía éxito, le tocaba parte del botín. La tribu de Coliqueo combatió con Urquiza contra el ejército de Buenos Aires; combatió en la batalla de Cepeda y luego, en la batalla de Pavón, lo hizo en favor de los porteños en contra de Urquiza. Hasta 1880 los caciques eran tratados por el gobierno como verdaderas autoridades, se les rendían honores, se les enviaban embajadores de la categoría de Mansilla, se les otorgaban altos grados en el ejército: Catriel intervino en la revolución mitrista de 1874 con el grado de coronel. Mitre y Urquiza, implacables perseguidores de indios, formaban al mismo tiempo sus propios ejércitos con ellos. La política de apaciguamiento y asimilación se alternaba con la persecución y el exterminio liso y llano. Este último no se diferenciaba demasiado del tratamiento dado a los gauchos.

Hacia fines de siglo, los indios estaban totalmente aniquilados o asimilados; ya no tenían caciques poderosos que pudieran negociar. David Viñas¹ señala la transformación de los indios provenientes de Caruhé y de Fortín Tostado en los temidos «cosacos» del escuadrón de policía del coronel Ramón Falcón, lanzado a sablear obreros, manifestantes y huelguistas en las calles de Buenos Aires.

El asesinato y el despojo del que fueran víctimas los indios no fue más inhumano que la legislación sangrienta inglesa que castigaba con la horca a los ex-siervos y campesinos transformados en vagabundos, mendigos y bandoleros, como consecuencia de la expropiación de la tierra en los siglos XVI y XVII. El trágico destino de los indios americanos no fue pues una excepcionalidad, ni debe interpretarse como una lucha racial; sufrieron el mismo destino que todas las clases sociales supervivientes de un sistema caduco violentamente destruido por el nuevo orden capitalista. La crueldad con que se cumplió esta etapa inevitable del desarrollo del mundo moderno no autoriza a presentarla como la caída desde la sencillez y pureza de un anterior idilio pastoral que nunca existió.

Los avatares de la ideología indigenista

La necesidad de justificar el exterminio del indio, así como también la influencia europea en los dirigentes americanos, del positivismo, del darwinismo social y del racismo de Gobineau, estimularon teorías indigenistas que culpaban del atraso de los países latinoamericanos a «la mala sangre» de los indios, los negros, los mestizos y los mulatos. Esta corriente está representada por los escritores argentinos Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*, 1903; José Ingenieros, *Sociología argentina*, 1910, y *Nacionalismo e Indigenismo*, artículo de la «Revista de América», 1913; los bolivianos: Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, 1909; y *Raza de bronce*, 1919; y Nicomedes Antelo; los peruanos: Francisco García Calderón: *Las democracias latinas de América*, 1913; Javier Prado y Mariano Cornejo, quien sostenía que la raza aborigen es «esencialmente débil de ánimo». Resulta significativo que aún en la literatura popular de la época,

¹ David Viñas, *Indios, ejércitos y fronteras, México, Siglo XXI, 1982.*

el género de la poesía gauchesca, incluido el *Martín Fierro* de José Hernández, el indio aparecía ante el gaucho también como bárbaro. Tardíamente insiste en el antiindigenismo el escritor peronista, Homero Guglielmini, quien en *Temas existenciales*, 1939, exalta la conquista del desierto tanto en Estados Unidos como en Argentina porque impone la raza blanca «civilizada y verdaderamente humana» a las fuerzas elementales y telúricas, entre las que se cuenta el componente negro y aborígen².

Pero contemporáneamente a esta ideología antiindigenista, surgieron nuevas reivindicaciones con orientaciones muy distintas entre sí. El romanticismo adoptó una actitud confusa con respecto al indio. El ecuatoriano Juan León Mera creó la novela indigenista con *Cumanda o un drama entre salvajes*, 1879; además de los *Poemas indios*, *Melodías indígenas*, 1858, y *La Virgen del Sol*, 1861, sobre la ciudad de los incas. Mera contraponía la *sociedad civilizada* a la *belleza mitológica*, y exhortaba al lector en los comienzos de *Cumanda* a olvidarse de la sociedad civilizada si quería interesarse por las esencias de la naturaleza y las costumbres de los hijos de la selva, aunque su punto de vista seguía siendo español y católico.

Con el esteticismo y el decadentismo literario y artístico surge una nueva actitud. Rubén Darío, mestizo y a la vez tan afrancesado, y el movimiento de los modernistas, descubrían al indio siguiendo la moda europea de búsqueda de lo exótico, de lo primitivo. En la evocación idealizada de las civilizaciones arcaicas, rasgo peculiar del modernismo latinoamericano, no podían faltar los imperios inca y azteca al lado de la Grecia clásica, la Edad Media, el imperio bizantino o la España barroca; mazclados con las ninfas, los dioses griegos y las princesas chinas, aparecen los emperadores indígenas. En el poema que dedica a Teodoro Roosevelt, Rubén Darío proclama a la «América ingenua que tiene sangre indígena». En el prefacio de sus *Prosas profanas* se justifica:

¡Qué queréis! Yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un Presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti... ¡Oh Halagabal! de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños... Si hay poesía en nuestra América ella está en las cosas viejas: en Palenke y Utatlán, en el indio legendario y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, Walt Whitman.

Una corriente literaria opuesta al decadentismo, la novela regional o naturalista de tendencia social, coincidía no obstante con los modernistas en la reivindicación del indio. La precursora fue *Ave sin nido*, 1889, de la peruana Clorinda Matto de Turner, influida por Marmontel y Chateaubriand, a la que siguieron *El indio* del mexicano Gregorio López Fuentes; *Huasipungo*, 1934, del ecuatoriano Jorge Icaza; *El mundo es ancho y ajeno*, 1941 del peruano Ciro Alegría; *Matalaché* del peruano López Albújar; *Yawar Fiesta*, 1941; *Los ríos profundos*, 1958, y *Todas las sangres*, 1964, del peruano José María Arguedas.

El indigenismo no solamente tuvo sus abogados entre poetas y novelistas, sino también entre sociólogos y filósofos. Aquí se dio una combinación de elementos: por una

² Una clasificación de estas corrientes puede verse en Martín S. Statt: *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1900-1960*, Caracas, Monte Avila, 1969.

parte el auge en la Europa del 1900 de las nuevas corrientes irracionistas y vitalistas contrarias al cientificismo y al positivismo, lleva a algunos autores latinoamericanos a oponerse a las interpretaciones de los positivistas. Por otra parte, el surgimiento del nacionalismo como reacción xenófoba ante las nuevas oleadas inmigratorias llevó a rehabilitar al indio contrapuesto al «gringo» invasor. Uno de los primeros nacionalistas argentinos, Ricardo Rojas, hostile a los inmigrantes, incluidos los judíos, se las arreglaba para sintetizar como fundamento de la nacionalidad argentina a los españoles y a los indios. En *Blasón de Plata*, 1912, y en *Eurindia*, 1924, trató de hacer de la historia argentina una cosmogonía, a partir de orígenes legendarios, de las profecías de los magos indígenas, del testamento incaico, del himno aohua. Bernardo Canal Feijoo en *Mitos perdidos*, 1938, *Burla, credo y culpa en la creación anónima*, 1952, y *Confines de Occidente*, 1954, continúa la tarea de Rojas de rescatar la cultura india.

El indigenismo arraigó, como era de esperar, en los países con mayor población aborígena. Donde hubo grandes imperios, como en Perú, se da un caso muy peculiar de un hispanista católico y hasta fascista como el historiador Riva Agüero, quien rescata el indigenismo desde el plano de la aristocracia, y hace la apología de Garcilaso como descendiente de los príncipes incas.

Cabe citar entre los ideólogos del indigenismo, a los bolivianos Franz Tamayo, *La creación de una pedagogía nacional*, 1918; y Guillermo Francovich Pachamama, *Diálogo sobre el porvenir de la cultura en Bolivia*, 1942; los peruanos Manuel González Prada, *Nuestros indios*, 1924; Antenor Orrego, *El pueblo continente*, 1939; Luis Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, y sobre todo, el mexicano José Vasconcelos, *La raza cósmica* (1925) e *Indología* (1926).

Al mismo tiempo se crearon organizaciones proindígenas en el Perú, el Comité de Derecho Indígena Tahuantisuyo, 1921, el Grupo Resurgimiento, 1927. La revista *Amauta* fundada por José Carlos Mariategui, introdujo en sus páginas ideas indigenistas. En 1921, un congreso nacional de estudiantes peruanos reunidos en el Cuzco, decidió fundar «universidades populares» para exigir entre otras reivindicaciones la defensa de los derechos de los indios.

En la segunda postguerra y a remolque de los movimientos populistas y tercermundistas, surge una nueva generación de escritores indigenistas con los bolivianos Fernando Díaz de Medina, *Thunupa*, 1947, *Sariri*, 1954, *Fantasia Coral*, 1958; y el ya citado, como novelista, José María Arguedas, *Razón de ser del indigenismo en el Perú*, *Forma de una cultura nacional indoamericana*; y el argentino Rodolfo Kusch, *América profunda*, *El pensamiento indígena americano*, 1972; *Indios, porteños y dioses*. Los regímenes nacionalistas y populistas que abundaron en América Latina a partir de los años treinta y, especialmente, después de la segunda guerra mundial, usaron con frecuencia al indio como un elemento significativo en la construcción de una supuesta «identidad nacional» y en oposición al europeísmo y occidentalismo. Tales el aprismo peruano, los regímenes de Cárdenas y Echeverría en México, de Torrijos en Panamá o el Movimiento Nacional Revolucionario Boliviano que fundó una universidad india,

Tupac Katari o la dictadura del general Velazco Alvarado en Perú quien oficializó la lengua quechua y usó para su propaganda una simbología extraída del pasado indígena (Plan Inca, Plan de Gobierno Tupac Amaru). Aun políticos no populistas como Belaúnde Terry en su campaña presidencial adulaba a los pueblos de las sierras, alabando los grandes logros de los incas. En Bolivia, el Primer Congreso Nacional Indígena, convocado por el propio gobierno en 1945, provocó agitaciones en el Altiplano, levantamientos en Ayopaya, La Paz, Cochabamba y Potosí, que fueron sangrientamente reprimidos.

Como suele ocurrir con las posiciones radicales siempre surge en su seno un grupo que las considera insuficientemente radicales. Así del indigenismo, encabezado hasta entonces por intelectuales blancos, emerge en la década del setenta el indianismo más extremista. Su líder, el boliviano Fausto Reinaga, inspirado, en parte, en el movimiento *Black power* de los Estados Unidos, preconiza la «revolución india», la lucha de razas entre indios y blancos, la toma de conciencia de la *indianidad* para llegar al *poder indio*. Sus escritos son de un fanático racismo antiblanco sólo equiparable al más extremo racismo blanco. En 1970 lanzó el Partido Indio de Bolivia y firmó en Tiwanaka, el manifiesto del partido que aunque fracasara no dejó de ejercer influencia en movimientos indios extremistas como el MITKA (Movimiento Indio Tupac Katari) o el MIP (Movimiento Indio Peruano) que retoma los temas andinos del Tawantisyu, del socialismo incaico.

Aunque estas agrupaciones fueron muy minoritarias y tuvieron poca repercusión, la ideología del indianismo prendió en otros movimientos más amplios. En el congreso de Ollantaytambo, en Perú, 1980, la mayoría de los delegados proclamaron el indianismo como base ideológica de toda acción política: «Reafirmamos el indianismo como categoría central de nuestra ideología porque su filosofía vitalista propugna la autodeterminación, la autonomía y la autogestión socioeconómica y política de nuestros pueblos, y porque es la única alternativa de vida para el mundo actual en total estado de crisis moral, económica, social y política». (Conclusiones del Primer Congreso de Movimientos Indios de América del Sur, 1980). De este texto se desprende una profecía apocalíptica según la cual el indio se adjudica la misión redentora de salvar a la humanidad.

Estos movimientos mesiánicos demasiado utópicos no lograron, por cierto, transformar al mundo, pero ni siquiera consiguieron dar a los indios el sentimiento de identidad perdida; esta función estaba destinada a los movimientos sectarios religiosos paradójicamente procedentes del extranjero, en especial de Estados Unidos. La Iglesia Católica estaba demasiado identificada con la conquista y con el poder de los blancos, y el lugar de la religión quedó, por lo tanto, vacante para los protestantes, y entre ellos predomina la secta de los pentecostales que constituye el 90% de los protestantes en América Latina y arraigaron entre muchos tribus indígenas en Chile, en Brasil y en Argentina³. Existen en esta secta, la más irracional y delirante de todas, elementos que armonizan bien con las religiones tradicionales indígenas, por ejemplo,

³ Véase Elmer S. Miller: Los tobas argentinos. Armonía y disonancia en una sociedad, México, Siglo XXI, 1979.

el papel fundamental de la danza, el canto y aún el grito en las ceremonias. La curación mágica y la posesión por los espíritus de los pentecostales resultaron una vivificación del chamanismo ya demasiado desacreditado.

¿Qué pasó en la historia con los indios?

Los indigenistas encuentran en fray Bartolomé de las Casas un valioso aliado en su odio a la colonización española, y los teólogos de la liberación como el padre Gustavo Gutiérrez lo consideran un precursor del cristianismo de izquierda. Esta utilización política del fraile hace necesario un análisis más objetivo de su personalidad y de su obra, que seguramente será tomado a mal por quienes creen autoritariamente que los ídolos deben ser intocables. Sin poner en duda su auténtico anhelo de justicia, de la biografía puede inferirse que el origen de su pasión por la causa indígena se encuentra, tal vez, en su adolescencia, en una amistad amorosa o en una relación homosexual, consciente o no, con un joven esclavo indio que le regalara su padre, y a quien tras una forzada separación buscó obsesivamente en sus viajes por América. Las ideas de De las Casas estaban lejos de lo que hoy se entiende por indigenismo: no cuestionó el sistema colonial sino tan sólo sus métodos crueles. Lejos de considerar a la cultura indígena como autónoma, su objetivo, igual que el de los colonizadores, era la occidentalización de los indios sólo que con procedimientos pacíficos.

Los aspectos más radicales de su proyecto de reforma presentados al rey, inspirados en parte en la utopía de Tomás Moro, eran irrealizables en las condiciones sociales y económicas de la época. Lamentablemente, lo único tomado en cuenta de sus escritos fue la propuesta de fomentar la esclavitud de los negros para sustituir el trabajo forzado de los indios en las plantaciones. Al propio Las Casas se le concedieron tres esclavos negros en la isla Española, y en 1544 todavía poseía un esclavo negro. Por otra parte, en su primer viaje a Cuba se le había recompensado con una buena encomienda, lo que le permitió acumular una apreciable fortuna. En ningún momento, pues, cuestionó la esclavitud que era una institución normal en el siglo XVI, basada en Santo Tomás quien a su vez seguía a Aristóteles. Sólo en la *Historia de Indias*, su obra de madurez, se mostró arrepentido, advirtiendo que era tan injusto esclavizar a los negros como a los indios y por las mismas razones. Pero los antirracistas negros no lo perdonaron y la UNESCO se negó en 1985 a celebrar los quinientos años de su nacimiento, aduciendo que introdujo la esclavitud negra en América.

Por otra parte, nunca se propuso crear una corriente heterodoxa dentro de la Iglesia; la prueba es que no fue perseguido por la Inquisición, más aún gozó, sino de influencia, al menos de prestigio. El cristianismo era la única religión válida para todos, incluidos los propios indios. La posición de Las Casas, por lo menos en su primera época, se acercaba más a la teoría evolucionista que a la relativista: los indios estarían en el estadio en que los europeos estuvieron en otro tiempo, todas las

sociedades habrían sido bárbaras en su origen y con el tiempo alcanzarían la civilización. Las Casas no se limitaba a reconocer, como harían los relativistas, que los indios son diferentes, sino que consideraba que dejarían de serlo y que la educación cristiana contribuiría a ello.

Las denuncias de Las Casas a los crímenes de los conquistadores, hacen de él un gran humanista, pero sus informaciones eran de segunda mano, y con frecuencia exageraba y aun mentía deliberadamente para lograr mayor fuerza en sus argumentos consiguiendo el efecto contrario, la pérdida de credibilidad. Faltaba a la verdad cuando presentaba a todos los indios como pacíficos y bondadosos sin excepción, en base a sus escasas experiencias con ciertas tribus. Algunos de sus propios acompañantes fueron víctimas de otras tribus. La belicosidad de los indios no puede justificarse como una respuesta a la agresión de los conquistadores, ya que existía desde antes de que llegaran éstos. La mayor parte de los cronistas de Indias contradice la opinión de Las Casas en este punto. López de Velasco afirmaba que:

Las guerras entre sí eran muy continuas y con diferentes solemnidades y desvaríos, y siempre por causas muy livianas que la más ordinaria era la división de los términos de sus tierras, sobre que se mataban cada día y se consumían comiéndose los unos a los otros cuando se cautivaban en sacrificios de ellos⁴.

La guerra era a tal punto una virtud suprema para los indígenas que sus hazañas y sus víctimas estaban representadas por emblemas en las ropas, en las plumas que adornaban al guerrero, en las máscaras o en el tatuaje. Los soldados incas volvían de la guerra blandiendo la cabeza de los vencidos en la punta de las picas. Algunos prisioneros eran despellejados y transformados en tambores que conservaban la forma humana por lo que el cadáver parecía golpear su propio vientre con varitas que les colocaban en las manos. Las cabezas reducidas como trofeos de guerra, los collares hechos con dientes, los cueros desollados de las víctimas convertidos en vestidos, los cráneos transformados en copas donde beber la chicha, constituyen un lejano antecedente de los libros encuadrados por los nazis con piel de judíos.

Los conquistadores españoles torturaban y mataban a los indígenas, qué duda cabe, pero lo contrario también era cierto. Bernal Díaz del Castillo contaba que a Valdivia lo mantuvieron con vida durante tres días mientras lo iban comiendo.

Se comían las carnes con chil mole y de esa manera sacrificaban a todos los demás, y les comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos (...) y los cuerpos, que eran las barrigas y tripas echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas⁵.

El mismo Díaz del Castillo cuenta que los aztecas decían a los hombres de Cortés:

Miren que malos y bellacos que sois, que aun vuestras carnes son malas para comer que amargan como hieles que no podemos tragar de amargor. Y parece ser como aquellos días se habían hartado de nuestros soldados y compañeros quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes.

⁴ Juan López de Velasco: *Geografía y descripción universal de las Indias, recopilado por el cosmógrafo cronista desde el año 1571 al 1574, publicado por primera vez en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, Madrid, Fortanero, 1894, citado por Alberto Mario Salas: Las armas de las conquista, Buenos Aires, Emecé, 1950.*

⁵ Bernal Díaz del Castillo: *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de Nueva España, Madrid, Espasa Calpe, 1928.*

Los primeros cronistas de Indias documentan la antropología de las numerosas tribus indígenas, sobre todo en los Tupinambá y los Tupiguaraní del Brasil. Estos últimos practicaban la antropofagia ritual, engordaban a las víctimas y las mataban de un golpe de macana en la cabeza en un acto público. Américo Vespucio escribía en 1501 desde la costa del Brasil a Lorenzo de Medicis sobre las costumbres de los indígenas en esa región:

Quando vencen despedazan a los vencidos, se los comen asegurando que se trata de un manjar delicioso. También se nutren de carne humana el padre devora al hijo y el hijo al padre, según las circunstancias y avatares de la lucha. He visto a un hombre monstruoso que se ufanaba de haber devorado a más de trescientas personas. He visto un poblado en donde trozos de carne humana salada pendían de las vigas de las casas, como entre nosotros se hace con la carne de cerdo ahumada o curada, las salchichas y otros alimentos. Les chocaba que nosotros, al igual que ellos, no devoráramos la carne de nuestros enemigos; decían que nada tenía un sabor tan exquisito como esa carne y que no había nada tan suculento y delicado.

El cronista Pedro Mártir de Anglería —*De Orbe Novus*— no obstante ser un idealizador de los indígenas, reconocía haberse encontrado canibales en las Indias Occidentales, el Caribe y por el lado de Venezuela. El viajero alemán Ulrico Schmidel dejó testimonio en su libro *Viaje al río de la Plata, 1534-1544*, de la antropofagia de los indios charrúas del Brasil, ejercida sobre todo con las mujeres. Otro viajero alemán, Hans Staden, que vivió entre los tupinambá del Brasil entre 1549 y 1555 narraba en su *Indianischen Geshichte, 1557*, cómo era devorado un prisionero enfermo y la serenidad con que la víctima enfrentaba su destino como algo natural. El canibalismo entre los indígenas brasileños fue confirmado por otro alemán, O. Dapper (*Die unbekannte Neue Welt*), Amsterdam, 1637, y por un viajero francés, Jean de Lery, en *Histoire de un voyage fait en la terre du Bresil, 1568*⁷. El inca Garcilaso de la Vega, insospechable de animadversión hacia los indígenas por su mismo origen mestizo, señalaba en *Comentarios reales que tratan del origen de los Incas, 1609-1617*, que antes de la dominación de los incas, el canibalismo era una costumbre difundida en la región del Perú y del Amazonas. Solían comerse a sus mismos hijos pues sentían una macabra preferencia por la carne de niños. Según Garcilaso, los canibales peruanos tenían carnicerías públicas donde cada uno podía procurarse abundante carne humana.

Cierta historiografía destinada a desprestigiar a España basándose en las piadosas idealizaciones de Las Casas, presenta a unas imaginarias civilizaciones indígenas anteriores a la conquista donde reinaban la paz, el amor entre los hombres y la igualdad. La realidad con que se encontraban los conquistadores era muy distinta: las tribus luchaban a muerte por el derecho de propiedad de la tierra y por el poder, existían la esclavitud y los imperialismos, los pueblos más fuertes dominaban a los más débiles, las religiones exigían sacrificios humanos. No se trata por cierto de volver al maniqueísmo de la historia escrita por los vencedores, donde se enfrentan indios malos con blancos buenos, pero tampoco se puede aprobar el maniqueísmo simétricamente opuesto; lo contrario de un error puede seguir siendo un error. Los indios

⁶ Citado por Cristian Spiel: *El mundo de los canibales, Barcelona, México, Grijalbo, 1973.*

⁷ Citados por Mircea Eliade: *Mythes rêves et mystères, Paris, Gallimard, 1957, p. 40.*

no eran los demonios que pintaban los conquistadores pero tampoco los ángeles imaginados por los indigenistas, eran tan sólo humanos, demasiado humanos, muy parecidos a los habitantes de otros continentes y capaces, por tanto, de las más atroces crueldades que los hombres pueden cometer.

El aspecto más resonante de Las Casas fue su denuncia del genocidio perpetrado por los españoles. Las abultadas cifras que da sobre los muertos no son más que una especulación dada la inexistencia de censos y la imposibilidad de que alguien contara los cadáveres. Alejandro Humboldt, con un criterio más científico, dudó de las cifras de Las Casas. Las investigaciones de los historiadores de la llamada escuela de Berkeley, en base a métodos ingeniosos, parecen acercarse más a las cifras de Las Casas, pero lo que interesa es explicar las razones de estas catástrofes demográficas. Aún admitiendo las intenciones deliberadamente asesinas que atribuyen a los españoles sus adversarios, era materialmente imposible que unos pocos cientos de conquistadores estuvieran capacitados para exterminar en forma directa a millones de indios. Los nazis contaban con medios técnicos más avanzados y no lograron concretar «la solución final». No cabe duda de que muchos indios murieron en las guerras, y otros por el trabajo forzado. Los malos tratos, por otra parte, no diferían de los dados por los oficiales a los soldados españoles a quienes en caso de desobediencia golpeaban con palos, a veces hasta matarlos, según queda testimoniado por cronistas o corresponsales de la época. Otros muchos más murieron por las enfermedades; los indios carecían de defensa para los virus traídos de Europa, pero responsabilizar a los españoles por pestes como la viruela como si se tratara de una «guerra bacteriológica», definición empleada por los indigenistas actuales, es una argumentación tan típicamente prejuiciosa como atribuir a los homosexuales la intención de exterminar a la humanidad por medio del SIDA. Además, se olvida que en ese mismo tiempo, las grandes epidemias también diezmaron a la población de Europa, y constituían verdaderas catástrofes demográficas no menores a la americana. En años de hambres y de pestes, la población europea de los siglos XIV y XV disminuyó en un 30 por ciento. Durante la peste negra que asoló a Europa en 1347, la mortalidad alcanzó de un octavo a un tercio de la población total.

Otros factores no desdeñables que permiten dudar de la importancia demográfica de las poblaciones indígenas —exagerada para magnificar el genocidio— son las incessantes guerras entre las tribus, la antropofagia, los sacrificios humanos en los altares, el abandono o asesinato de los ancianos y fundamentalmente, la escasez de alimentos, la mayor parte de los cuales fueron traídos por los colonizadores.

La América precolombina distaba mucho de ser el País de Jauja que imaginaban algunos europeos; se parecía más a un terreno baldío y no digo a un potrero porque ni siquiera había caballos. Entre los animales que no existían en América y que fueron traídos por los españoles estaban el caballo, la vaca, la oveja, el cerdo, la cabra, el perro, el conejo, las aves de corral; no se conocían otros mamíferos que la llama y el puma. Entre las plantas que no existían en América y fueron traídas por los

españoles estaban los cítricos, el banano, el olivo, la caña de azúcar, la vid, el eucalipto, el rosal, los principales cereales básicos para la alimentación (el trigo, el centeno, la avena, la cebada, el arroz), la cebolla, el ajo. De 247 especies vegetales alimenticias y de utilidad industrial cultivadas en América, 199 son originarias de Europa y de Asia.

Una de las extravagancias del grupo maoísta peruano Sendero Luminoso de los años ochenta fue recomendar a los agricultores andinos cultivar plantas exclusivamente americanas como quina, maíz y papa, descartando el trigo, la cebada y otras especies que representarían la colonización cultural. Si su prédica hubiera sido escuchada sólo habrían logrado reducir aún más la magra dieta de los campesinos.

Los españoles también trajeron la rueda y todos los derivados de la mecánica basada en el movimiento circular, así como la técnica del hierro y del vidrio desconocidos en América. Incluso en los aspectos en los que se habían destacado los indígenas sólo pudieron perfeccionarlos mediante las técnicas importadas por los europeos. El arado y los animales de tiro permitieron avances decisivos en la agricultura, el tejido mejoró con la rueca de hilar y el telar de pedal. La alfarería logró su mejor momento después de que los europeos introdujeron el torno de alfarero.

Los colonizadores trajeron, no puede negarse, el trabajo forzado y las pestes desconocidas pero, al mismo tiempo, aportaron la diversificación de la dieta alimentaria, la ropa de cuero y lana, antes desconocida, la posibilidad de trasladarse por el uso de los animales de tiro y de la rueda. Las interpretaciones tercermundistas euróforas sólo recuerdan la extracción de oro y plata hecha por los europeos, ocultando la transferencia de animales, plantas y técnicas nuevas. Juan Bautista Alberdi señalaba:

Todo, en América del Sur civilizada, hasta lo que allí se llama frutos del país, riqueza natural, es producto y riqueza de origen europeo. No solamente el hombre que forma la unidad del pueblo americano es europeo de raza y de extracción, sino que son europeos o procedentes allí de Europa, los animales y las plantas más útiles. Si por un exceso de americanismo, quisiéramos echar de América todo lo que es europeo, no sólo nos quedaríamos desnudos, como los indios, sino que sin caballos, sin aves, sin cereales —antropófagos—; mudos o hablando guaraní, y como nos quedarían todavía nuestros nombres y color europeos, nos veríamos en el deber de suicidarnos a fuer de americanos⁸.

Las grandes civilizaciones precolombinas

La mayor parte de los indígenas americanos eran sobrevivientes de la prehistoria en plena época del renacimiento europeo, tenían seis mil años de atraso con respecto a los habitantes del viejo continente. Lejos de ser el hombre nuevo que anuncian los indigenistas no eran sino vestigios de épocas desaparecidas, el fin de una etapa antes que la apertura de otra. Según la clasificación de los antropólogos evolucionistas, de Lewis Morgan, en *La sociedad primitiva*, 1877, seguido por Engels en *El origen de la familia, la propiedad y el estado*, 1884, los pueblos precolombinos oscilaban en-

⁸ Juan Bautista Alberdi: *Escritos póstumos, Tomo IV, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1895.*

tre la etapa superior del salvajismo en los comienzos de la edad del bronce, cuando todavía se vivía de productos naturales, y el estadio medio de la barbarie cuando surge la agricultura. Ninguno de ellos, incluidos los aztecas y los incas, conocían la escritura, sólo los mayas tenían una escritura elemental equivalente a la de los primitivos egipcios, es decir, a la de una civilización que ya había florecido seis mil quinientos años antes de los mayas.

No puede hablarse de la civilización precolombina como se lo hace de civilización del Mediterráneo; sólo había un caos de grupos étnicos dispersos con grados de desarrollo distintos: pacíficos agricultores o belicosos cazadores, algunos en estado salvaje, otros con civilizaciones comparables a las de la antigüedad del Viejo Mundo, unos sin gobierno ni policía, otros con sistemas totalitarios muy rígidos. No tenían la menor posibilidad de comunicarse por carecer de una lengua común, por las enormes distancias y la falta de medios de transporte. Ni siquiera tenían noción de la existencia de otras culturas; los aztecas no sabían que existían los incas y viceversa, y cuando se producían azarosos encuentros acababan en guerras sangrientas. Más que a la historia de las civilizaciones el estudio de la mayoría de estos pueblos corresponde a la prehistoria, a la etnología, a la arqueología. América ingresando en la historia universal como unidad cultural, política, lingüística, como conciencia de sí misma, fue obra exclusiva de la conquista y colonización europeas. Octavio Paz habla de la *soledad histórica* de los pueblos precolombinos y es precisamente ese aislamiento, la autarquía, la extremada originalidad, lo que provocó el estancamiento, la inmovilidad y el consiguiente atraso con respecto a la civilización del viejo mundo y su extrema vulnerabilidad ante la irrupción de éste. Las civilizaciones de Europa, parte de Asia y África del Norte, mantuvieron aun en los períodos de mayor aislamiento, contactos, intercomunicación. La comparación entre las naciones americanas y las euroasiáticas, es una prueba flagrante de que las sociedades sólo son vivas y progresan cuando están en contacto con otras sociedades. El aislamiento, por otra parte, llevó a los indígenas americanos a la incapacidad para asimilar a los extraños, para comprenderlos, para concebirlos siquiera como seres humanos. Cortés comprendía a los aztecas, aunque no los quisiera, los aztecas no comprendían a los españoles. Desde el mismo momento en que confundieron a los conquistadores con dioses o semidioses ya estaban derrotados.

Octavio Paz⁹ señala que entre los olmecas y los aztecas transcurren cerca de dos mil años y que la diferencia entre ambos es mucho menor que la distancia en un lapso semejante entre la India védica y la budista y entre ésta y la hinduista, o la que separa a la China imperial del Imperio Han de la dinastía Tang, aun tratándose de sociedades cerradas. Las diferencias son por cierto, más notables si se comparan con las sociedades abiertas y dinámicas del Mediterráneo. El problema se plantea con respecto al aniquilamiento de las tres grandes civilizaciones precolombinas. Pero aquí también la interpretación convencional adolece de equívocos. Los mayas ya estaban en decadencia cuando llegaron los españoles, divididos en quince señoríos rivales

⁹ Octavio Paz: Los privilegios de la vista, México, Fondo de Cultura, 1987.

de los cuales diez se unieron a los conquistadores para luchar contra los cinco restantes. Es repudiable la destrucción de los grandes monumentos, templos y palacios de aztecas e incas, pero una civilización no consiste tan sólo en sus obras de arte sino, ante todo, en su organización política y social, su derecho y su ética, y en este aspecto poco tenían de ejemplares las grandes civilizaciones precolombinas.

La sociedad azteca era esencialmente tradicionalista, el presente debía someterse al pasado, los jóvenes a los viejos, una de las catorce leyes de Moctezuma consagraba la preeminencia de lo antiguo frente a lo nuevo. El servilismo era una virtud, se predicaba el culto a los jefes y la reverencia supersticiosa ante los sacerdotes. Era una teocracia sanguinaria sin ninguna autoridad moral para condenar la crueldad de los españoles. Sociedad militarista, espartana, la guerra era su principal ocupación y la base de su ética. Los varones, desde la infancia, eran educados para la guerra en una severa disciplina y en una obediencia ciega. La ceremonia de iniciación del adolescente era un rito mágico para el éxito en la guerra. El prestigio del guerrero residía en el número de cautivos que conseguía para sacrificar a los dioses. Los jefes eran elegidos entre los guerreros más fuertes. La muerte en la lucha contra el enemigo abría a los guerreros la puerta de la casa del sol en el cielo. También se practicaba la esclavitud y la parcela de tierra de los legionarios era trabajada por prisioneros de guerra convertidos en esclavos. Sobre la desigualdad esencial de la sociedad azteca queda el testimonio de Diego Durán —*Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*— 1576-1581, un reaccionario español que opone la jerarquía de los indios al igualitarismo de costumbres existente entre sus compatriotas:

En las casas reales y en los templos había lugares y aposentos donde se aposentaban y residían diferentes calidad de personas para que los unos no estuvieran mezclados con los otros, ni se igualasen los de buena sangre con los de baja gente. En las buenas y bien concertadas repúblicas y congregaciones se había de tener gran cuenta y no en el desorden frente a las repúblicas el día de hoy se usa, que apenas se conoce, cual es el caballero y cual el arriero, ni cual el escudero ni cual el marinero. Empero para evitar esta confusión y variedad y para que cada uno fuese conocido, tenían estos indios grandes leyes pragmáticas y ordenanzas.

Se calculan doscientas mil víctimas por año en los sacrificios en honor de los dioses. Bernal Díaz del Castillo decía haber contado ciento ochenta mil en el templo de Tenochtitlán. Las víctimas elegidas entre los jóvenes debían subir las escaleras de los altares donde el sacerdote los apuñalaba y les arrancaba el corazón. Luego los cadáveres eran despedazados y comidos en un banquete ritual. Los santuarios exhalaban un insoportable olor a sangre, y los sacerdotes embadurnados de sangre eran tan siniestros que provocaban el desmayo de los, por cierto, nada tiernos soldados de Cortés.

Todavía en 1883 se produjo entre los indios Pawnee un caso de sacrificio humano un 22 de abril, día del comienzo del quinto período del año azteca, lo cual demuestra el fuerte apego a estos rituales aún después de varios siglos de cristianismo.

Pero el interés de los indigenistas se centra sobre todo en los incas. Los tercermundistas y supuestos izquierdistas, quienes a partir de la Revolución Rusa confunden

socialismo con estatismo, reivindican el imperio incaico como una especie de «socialismo americano» por tratarse de un sistema de propiedad estatal. Fue en realidad un adversario del socialismo —Louis Baudin en *El imperio socialista de los incas*, 1928— el primero en identificar a los incas con el socialismo, en este caso no para exaltar a los incas sino para denigrar al socialismo, y luego Paul Morand en *Aire indio*, 1932, llama al imperio incaico «régimen de marxismo integral».

Entre tanto, ¿qué pensaban los leninistas? En 1929, en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, realizada en Buenos Aires, el peruano José Carlos Mariátegui retoma la línea del VI Congreso de la Internacional Comunista que señalaba la posibilidad de que los pueblos de economía rudimentaria iniciaran directamente una organización económica colectiva sin necesidad de pasar por la etapa capitalista. Mariátegui sostenía:

Nosotros pensamos que entre las poblaciones «detenidas» ninguna como la población indígena incaica presenta condiciones tan favorables para que el comunismo agrario primitivo, subsistente en una estructura concreta y en un profundo espíritu colectivista, se transforme bajo la hegemonía de la clase proletaria, en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista ¹⁰.

Los tercermundistas enamorados del socialismo incaico se aferran a esta desdichada frase de Mariátegui desconociendo otras tantas en las que matiza esta posición o aun la contradice. En *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, hace varias referencias al *comunismo indígena* en México, Paraguay y Perú, pero aclara que el comunismo incaico era, al mismo tiempo,

teocrático y despótico y que se diferenciaba por eso del comunismo moderno que no podía dejar de ser democrático, y que además la base de una comunidad agraria en el primero, y la civilización industrial en el segundo, eran diametralmente opuestas ¹¹.

En otra ocasión aclaró a raíz del colectivismo agrario indígena que

no implica en el más mínimo grado, deseo romántico y antihistórico de reconstruir o resurgir el socialismo inca, producto de condiciones históricas e irremisiblemente sumergidas en la lejanía del tiempo.

Al criticar la teoría aprista de la *exclusividad indoamericana* afirmaba:

Esto se asemeja mucho a la proclamación de la originalidad del régimen económico ruso en general y del campesino ruso con su comuna, artel, etcétera, en particular contra lo cual tan decididamente se pronunciaba Lenin en su obra *¿De qué herencia renunciamos?*¹²

A Mariátegui le faltó para analizar la verdadera naturaleza del imperio incaico, el concepto de modo de producción asiático tal como lo desarrolló Marx en textos, por ese entonces, completamente desconocidos. Su marxismo como el de todos los de su época era muy incompleto, ya que escritos fundamentales de Marx comenzaron a aparecer sólo en la década del treinta e incluso más tarde. El indigenismo de Mariátegui, por otra parte, se contradice con el «occidentalismo» de otros textos suyos, por lo

¹⁰ José Carlos Mariátegui: *Ideología y política*, Lima, Ediciones Amauta, 1969, p. 68.

¹¹ José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1955, pp. 37, 38, 45 y 56.

¹² *Revista: Dialéctica*, 1946, 17, p. 3. Reproducido en *El marxismo latinoamericano de Mariátegui*, Buenos Aires, «Crisis», 1973, p. 133.

que puede decirse que su pensamiento estaba en ciernes, y es difícil predecir su evolución de no haber muerto prematuramente. De todos modos, en el contexto de toda su obra, identifica al indio con el campesino y transforma la cuestión racial en una cuestión agraria, por lo que no es lícito ubicarlo en la línea de los indigenistas.

En medio del clima político enloquecido de los años sesenta surgen algunos movimientos indianistas como el MITKA (Movimiento Indio Tupac Katari) o el MIP (Movimiento Indio Peruano) que se propone el segundo Tawantisuyo, una suerte de «socialismo de inspiración incaica». Con ideas que recuerdan a la negritud, el ideólogo peruano del indianismo, Guillermo Carnero Hoke afirmaba que:

Nuestra razón de ser desde el fondo de los siglos es una razón colectivista.

Y proclama que:

A Occidente lo vamos a derrotar nosotros los indios con las ideas, principios y doctrinas de nuestros abuelos del Tawantisuyo.

Como todo mesianismo, como todo totalitarismo, los indianistas pretenden poseer una nueva concepción del mundo, aunque en este caso se trata de un revival de la antigua religión india:

Al combatir a Occidente le oponemos no su contrario sino un nuevo pensamiento, dice Carnero Hoke y agrega:

Nosotros los indios latinoamericanos no podemos aceptar la moral, la religión, la filosofía y la ciencia occidentales, porque ellas no son justas, ni éticas ni científicas. Nosotros demostramos que el pensamiento de nuestros abuelos del Tawantisuyo es justo, moral, científico y cósmico, es decir, insuperable.

Carnero Hoke resume esta cosmovisión diciendo:

Todo el Cosmos es colectivista; todo está unido, hermano, vinculado entre sí, de modo que todo ser, todo fenómeno, toda cosa, son parientes las unas de las otras, hermanos de un gran todo que procesa de mil formas pero que, al final, concluyen siendo lo mismo en el gran caldo de cultivo de la energía cósmica¹³

El cosmos y la tierra, según la filosofía indiana como en la ideología de la negritud, son entidades colectivas, hay una unidad indivisible entre todos los elementos de la naturaleza, entre el hombre, el sol, la luna, las plantas, los animales. Todo está regido por leyes y principios comunitarios que garantizan la armonía y el equilibrio. Los seres y las cosas en el origen estaban unidos en un ser único, al separarse conservan no obstante una relación esencial, aunque aparentemente estén separados. Esta concepción holista, según la cual la única realidad es la totalidad y el individuo no es más que una parte indiferenciada del todo es similar a la visión organicista de ciertos románticos y, por supuesto a la de los totalitarismos contemporáneos, el fascismo y el estalinismo, que a su vez traen reminiscencias de los despotismos orientales incluido el Imperio Incaico.

¹³ Guillermo Carnero Hoke: ¿Qué es el movimiento indio? Teoría y práctica de la indianidad, «Cuadernos indios», n.º 1, citado por Marie-Chantall Barre: Ideologías indigenistas y movimientos indios, México, Siglo XXI, 1985.

En pleno auge del tercermundismo, la teoría del imperio incaico como un socialismo antiguo interrumpido por el régimen de propiedad privada impuesto por el colonialismo europeo es reflotado por algunos autores de origen marxista, entre ellos el argentino Eduardo Astesano, en *Nacionalismo histórico y materialismo histórico*, 1972, quien hace extensivo el calificativo de socialistas a las misiones jesuíticas y al despotismo ilustrado del doctor Francia en el Paraguay, donde la tierra en su mayor parte era propiedad del Estado. En las misiones jesuíticas los instrumentos de producción, las bestias de carga y arados eran de propiedad pública y una parte de la tierra también lo era, siendo el capital acumulado en ella invertido en obras públicas. De esto Astesano deduce que: «Los jesuitas (...) instauraron el camino al socialismo moderno en el Tercer Mundo»¹⁴.

Los jesuitas no eran, por supuesto, el socialismo sino que además encabezaban el ataque contra los sectores burgueses más avanzados de España como el Conde de Aranda quien los expulsó de América. Vicente Fidel López pensaba que si los jesuitas hubieran estado en 1810 habrían levantado a los indios fanatizados para derrocar a la Revolución de Mayo. Suele alabarse el trabajo que se tomaron los jesuitas en aprender las lenguas indígenas como prueba de su espíritu igualitario. En realidad, el objetivo era evitar que los indios aprendieran el castellano para impedir, de ese modo, su asimilación a la sociedad criolla y mantenerlos en el aislamiento. El padre Antonio Sepp de las misiones jesuíticas lo dice con toda franqueza:

Procedemos de tal manera para evitar cualquier comunidad entre nuestros indios y los españoles, y para que nuestros protegidos permanezcan humildes y sencillos¹⁵.

El error interpretativo que identifica al imperio incaico con el socialismo se deriva consecuentemente del otro error: la identificación del socialismo con los regímenes estalinistas o maoístas y sus derivados. Si bien es cierto que estos sistemas tuvieron, en efecto, ciertos rasgos en común, más allá de las distintas situaciones históricas, un verdadero socialista no debería extraer de esta analogía la exaltación del incanato sino el repudio al estalinismo en tanto ni uno ni otro fueron socialistas sino totalitarios. Tampoco fue del todo ajeno a los incas el otro totalitarismo moderno, el nazismo. Hitler fue influido por un seudosabio austríaco, Horbiger, que rescataba la vieja cosmogonía de los incas¹⁷.

Ya Plejanov en 1863 había advertido sobre los peligros de que una revolución prematura en Rusia se desarrollase, no en sentido democrático sino como la restauración de un despotismo asiático, similar al del Perú incaico o la China de los Sung. La premonición de Plejanov se cumplió y fue su propio partido, el bolchevique, el encargado de llevarla a cabo. Dos eruditos sinólogos, Karl Wittgenstein, en *El despotismo oriental*, 1963, y Etienne Balazs en *Civilización china y burocracia*, 1964, elaboraron brillantes análisis históricos comparativos entre los regímenes totalitarios modernos estalinista y maoísta y el modo de producción asiático, en el cual debe ubicarse también al imperio incaico.

¹⁴ Eduardo Astesano: *Nacionalismo histórico y materialismo histórico*, Buenos Aires, Pleamar, 1972, p. 187.

¹⁵ Antonio Sepp: *Jardín de flores paracuano*, Buenos Aires, EUDEBA, 1974, citado por Ricardo Rodríguez Molas, *Los sometidos de la conquista Centro Editor de América Latina*, 1985.

¹⁶ Véase Louis Pauwells y Jacques Bergier: *El retorno de los brujos*, Barcelona, Plaza y Janés, 1964.

¹⁷ Para el desarrollo del concepto de totalitarismo véase Juan José Sebreli: *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Legasa, 1983, Capítulo «Fascismo».

Aunque con los precarios medios del nivel de desarrollo alcanzado, el imperio incaico tenía muchos rasgos del totalitarismo moderno¹⁸. Sociedad totalmente militarizada, los hombres entre los 25 y los 50 años estaban enrolados en el ejército y debían acudir a las frecuentes guerras de conquista. El trabajo forzado en las minas, la mita y el yanacozgo, que tanto se ha condenado en los conquistadores, eran ya un procedimiento incaico. Ni siquiera faltaba el culto al líder carismático, a la persona del inca y el control de la vida privada de toda la población, rasgos que diferencian al totalitarismo de cualquier autoritarismo o dictadura tradicional. Había una red de inspectores y funcionarios, de jefes de centuria, dedicados a la vigilancia y al espionaje de cada uno de los pobladores. Garcilaso de la Vega decía que la policía estaba en todas partes; el menor comentario adverso a las autoridades provocaba el castigo implacable. Nadie podía abandonar el poblado sin permiso especial, pero en cambio podían ser desplazados sin consulta previa por razones de Estado. La educación estaba reservada a la clase privilegiada. La vida cotidiana era gris, triste y monótona hasta el hastío como en todas las sociedades totalitarias. El ocio estaba dirigido, se reglamentaban las fiestas, las canciones, las danzas, los juegos, todos debían llevar la misma indumentaria y el mismo corte de pelo. Hasta el comportamiento sexual estaba reglamentado por el Estado, se regulaban los nacimientos, la soltería era estigmatizada, los adúlteros y homosexuales castigados con pena de muerte. A este sistema más que al régimen colonial hay que atribuir los rasgos del indio andino, la inercia, la indiferencia, la somnolencia, la tristeza, el embotamiento. Pizarro pudo derrocar al Inca con sólo 180 hombres, le bastó con doblegar a la casta de los militares y de los sacerdotes, el resto de la sociedad estaba sumido en la pasividad y era incapaz de reaccionar. Educada para obedecer a la autoridad no encontraba nada mejor que seguir obedeciendo a los conquistadores. Voltaire en *Ensayos sobre las costumbres* decía: «Los indios esperaban, estúpidamente, a qué partido de sus destructores quedarían sometidos». El historiador H. Cunow en *El sistema de parentescos peruano y las comunidades gentilicias de los incas*, (1929), sostenía: «El Estado incaico ha desaparecido, no porque no existiera sino más bien porque existía demasiado». La organización jerarquizada y autoritaria, en la que bastaba la desaparición del jefe para que todo el sistema se derrumbara, reforzaba la capacidad española para la conquista.

Tampoco debe olvidarse que tanto los aztecas como los incas eran pueblos invasores que oprimían a otros pueblos vencidos, y ésta constituye la gran contradicción de los indigenistas y tercermundistas que abominan del imperialismo olvidando que los pueblos precolombinos eran tan imperialistas como los europeos. Los aztecas habían venido del norte de México y masacraban a los pueblos que venían en la guerra. Eran odiados por los pueblos dominados y arruinados por los tributos que debían rendirles. A la llegada de los españoles, para muchos indígenas mexicanos, los imperialistas eran los aztecas y Hernán Cortés fue visto en un primer momento como un libertador y, para los propios aztecas, era el retorno del vengador Quetzacoatl. A los escasos españoles les hubiera sido más difícil la conquista de México de no

¹⁸ Tzvetan Todorov: *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987.

haber contado con el apoyo de cientos de miles de indios tlaxcaltecas que se sumaron al ejército invasor animados por el deseo de vengarse de los aztecas. Cuando Cortés entró en el templo de Tenotchtitlán, el rey de Tezcoco estaba a su lado. Los pueblos sometidos a los aztecas como los tlaxcaltecas fueron los que se asimilaron con más facilidad y de ellos descienden los indios actuales. Todorov señala¹⁹ que:

Cortés era muy popular entre los indios porque los trató mejor que los anteriores autóctonos, al punto que impone su voluntad a los representantes del emperador de España con la fuerza que le deben el apoyo de los indios dispuestos a sublevarse a sus órdenes, en cambio se desconoce cuáles eran los sentimientos que tenían los indios frente a Las Casas.

Los incas también habían invadido las tierras que ocupaban, desde la pequeña ciudad insalubre del Cuzco a la que estaban relegados. Al comienzo fueron dominando a sus vecinos por la violencia, los aimará entre ellos, imponiéndoles su religión, su lengua, su cultura, forjando con los pueblos dominados una unidad política y social coercitiva. Los indigenistas repudian como un acto de barbarie la destrucción de la cultura azteca por los conquistadores, pero olvidan que cien años antes los aztecas durante el reinado de Izcoatl habían destruido los libros antiguos y destrozado los monumentos de los toltecas para imponer su propia cultura. El que mata a un asesino no deja de ser un asesino, pero el asesino que es asesinado no por ello recupera la inocencia.

El derrumbe de las civilizaciones no se produce nunca por el efecto de causas externas si éstas no están combinadas con causas internas. Las civilizaciones precolombinas llevaban en su interior el germen de la decadencia, eran demasiado frágiles debido a sus fallos estructurales, lo que facilitó la dominación externa. Los mayas ya estaban en declinación cuando llegaron los españoles. No fueron éstos quienes destruyeron sus templos sino los propios campesinos mayas oprimidos por la casta sacerdotal. La incapacidad de la teocracia dirigente para garantizar el bienestar de la comunidad provocó sucesivas rebeliones que destruyeron la civilización maya. Los incas por su parte habían conocido su apogeo doscientos años antes de la conquista española y desde entonces permanecieron estancados. El triunfo de los conquistadores era inevitable no sólo por la superioridad de las armas, y aún éstas implicaban superioridad en otros órdenes. No es casual que quien pusiera el nombre al nuevo continente, Américo Vesputio, estuviera asociado a Lorenzo de Médicis, personaje paradigmático del Renacimiento y de la época heroica del capitalismo. Esos condotieros que eran los conquistadores podían ser delincuentes, carecer de escrúpulos y de toda educación, pero eran, al fin, hijos de su tiempo con todas las características del hombre del Renacimiento. Podían aparecer ante otros europeos más avanzados, los ingleses o los holandeses, como supervivientes de la Edad Media, pero tenían, no obstante, los rasgos del hombre moderno: eran intrépidos, imaginativos, emprendedores, con gran capacidad de invención y una curiosidad inagotable, ansiosos de ir siempre más allá. Llevaban el dinamismo, el cambio al mundo estático de los indios que rechazaban toda innovación, temían lo distinto, ceñidos a una tradición que era la repetición per-

¹⁹ Op. cit.

manente y no les permitía ni siquiera concebir el porvenir. En el conquistador, incipiente burgués, la búsqueda febril del oro y la plata lo movía a la acción, en tanto que el indio permanecía ligado a la tierra que lo inmovilizaba. Todorov ha advertido que el hecho de que los españoles hayan cruzado el océano para encontrar a los indios y no a la inversa, el hecho de que los españoles asumieran el papel activo en el proceso de interacción con los indios aseguraba a aquéllos una superioridad indiscutible y anunciaba el resultado del encuentro²⁰.

El hombre moderno, el hombre del Renacimiento, había descubierto la subjetividad, tenía consciencia de su propio yo, de sí mismo como individuo autónomo, capaz de elegir su destino por la voluntad y el raciocinio. Empeñado en afirmara su personalidad por el prestigio y el poder estaba inclinado al ideal del «hombre fuerte», el déspota mandando sobre la masa sumisa. Contra esa fuerza incontrolable se oponían los indígenas que sumergidos en la comunidad tribal no habían llegado al estadio de la conciencia individual ni eran capaces de pensar por sí mismos. Sólo se conocían como formas generales de la familia, de la tribu, de la raza. El individuo estaba sumergido en la familia que a su vez estaba sumergida en la colectividad que a su vez estaba dominada por los dioses y los reyes. Por eso la muerte, que es el mal absoluto para el individuo, era vista con indiferencia por esos pueblos que aceptaban resignadamente ser sacrificados como víctimas propiciatorias en el altar de los dioses, o como soldados en el campo de batalla. Claro está que, como ha mostrado la experiencia de las sociedades totalitarias modernas, el colectivismo nunca logra del todo aniquilar al individuo, y existen algunos indicios de que los indios no eran tan estúpidamente felices: por ejemplo, a las futuras víctimas de los sacrificios se les suministraban drogas para que no se deprimieran. Es probable que las sociedades totalitarias indígenas no consiguieran que todos los hombres aceptaran alegremente su destino, sino tan sólo lograban evitar que se rebelaran.

El indio hoy, asimilación o autonomía

Las civilizaciones precolombinas están muertas; que hayan sido asesinadas por los conquistadores es un problema que sólo puede interesar a los historiadores y no a los políticos ni a los hombres ocupados en los dilemas contemporáneos. La historia de las civilizaciones es una historia de imperios y colonias, ciclo del que sólo en el siglo actual empezamos a liberarnos. Los americanos somos el producto de la colonización europea en la misma medida en que los franceses son la consecuencia de la colonización romana y a ningún francés actual se le ocurriría borrar de su historia la etapa romana para reivindicar a los galos primitivos. Los franceses fueron conquistadores de Argelia, pero los árabes a su vez la habían conquistado siglos antes de una manera no menos violenta. Tratar de volver a los orígenes es un cuento intermi-

²⁰ *Ibidem*.

nable ya que nunca se encuentran los verdaderos aborígenes, los habitantes vienen siempre de otra parte, todos los nativos fueron alguna vez extranjeros.

Subsiste el tema de la identidad cultural. Pero la cultura indígena es indiscernible de la influencia europea: el típico conjunto autóctono que se puede escuchar en las chicherías de los Andes es el dúo de arpa y violín, dos instrumentos refinadamente europeos. El tema más usado por los indigenistas para mostrar que la cultura indígena está viva y sigue influyendo en el arte americano contemporáneo es el de los muralistas mexicanos. Sin embargo, la inspiración indígena en esta escuela plástica es más declamativa que real, hay una indiscutible influencia europea en Rivera, Siqueiros y Orozco. Como observa Octavio Paz²¹, el patetismo de estos pintores está muy alejado del hieratismo y el geometrismo de las artes precolombinas. El indigenismo no estaba en las formas sino apenas en la intención, en el tema. Rivera llegó a exaltar en sus murales los sacrificios humanos de los aztecas y el canibalismo, y a presentar a los conquistadores españoles como criminales, contradiciendo, de ese modo, la concepción marxista en la que pretendía apoyarse. Es sabido que Marx y Engels justificaban la conquista y colonización de América como progresista, y aún la conquista de México por Estados Unidos.

Con respecto al tema de la asimilación y del genocidio no resultan convincentes las posiciones indigenistas llevadas por la emoción más que por el razonamiento. Los pueblos indígenas que se encontraban en un estado más avanzado —los quechuas y los aztecas— estaban acostumbrados a una organización política, a obedecer a una autoridad y tenían hábitos de trabajo que pudieron ser relativamente asimilados a la sociedad colonial y utilizados como mano de obra. Se los hacía trabajar hasta el agotamiento, se los alimentaba, vestía y alojaba mal, pero no se los exterminaba como lo prueba la numerosa población indígena existente en México, Perú y Bolivia. Por otra parte, el mal trato no era peor al que se le daba a los campesinos serviles en la Europa feudal o a los proletarios blancos en los talleres del capitalismo temprano. El problema no era pues racial sino social, la opresión era la misma que existe en toda sociedad dividida en clases. En las regiones donde los indios eran exterminados, caso de la Argentina y Estados Unidos, se trataba de tribus muy primitivas, incorregiblemente belicosas e incapaces de asimilarse a una organización social y a un régimen de trabajo. En tanto que los indios de la montaña podían ser puestos a trabajar en las minas o en la agricultura —los españoles los caracterizaban como «gente vestida y de razón»— los indios de los llanos, que eran cazadores, nómadas o recolectores, carecían de toda adaptación del trabajo sistemático y eran por tanto inasimilables. Los antropólogos han mostrado que las sociedades muy primitivas que no han pasado por la revolución agrícola son imposibles de incorporar al mundo civilizado. La integración forzosa suponía un esfuerzo excesivo y los llevaba a la muerte. Los indigenistas explican esta incapacidad de trabajo de los indios como una forma de rebeldía al trato brutal al que eran sometidos, una expresión de la profunda tristeza en que los sumía la pérdida de las formas de vida anterior a la llegada de los españoles.

²¹ Ver nota 9.

Aun cuando estas motivaciones psicológicas hayan existido no lo explican todo, ya que los negros esclavos tenían motivos aún mayores para la depresión —habían sido arrancados de su lejana tierra natal— y sin embargo trabajaban eficientemente y lograban sobrevivir. La diferencia entre la capacidad de trabajo de los indios y los negros reside en que estos últimos pertenecían a sociedades más avanzadas ya acostumbradas a la disciplina del trabajo. Ahora bien, los negros sobrevivieron allí donde morían los indios sólo cuando pertenecían a las tribus más evolucionadas, en cambio cuando se intentó esclavizar africanos que estaban en el mismo estadio que los indígenas americanos, es decir, que vivían de la caza y de la recolección de frutos, resultaron tan inútiles para el trabajo y morían tan rápidamente como éstos. Estas comprobaciones desalientan cualquier interpretación racial pero corroboran que hay sociedades con un grado de evolución más atrasado que otras.

Los indios de las reducciones jesuíticas donde no se los maltrataba seguían siendo perezosos y de cortos alcances. En unas décadas no se podían franquear los estadios que habían llevado a los europeos más de tres mil años. Por otra parte, en muchos casos se mostraban enemigos peligrosos, lo cual hizo que para los españoles el exterminio o el desplazamiento fuera una cuestión de supervivencia. La asimilación y el buen trato a los indios eran promulgados con la mejor buena voluntad por el Estado español a demasiada distancia para saber si estas medidas podían implementarse. ¿Era posible por tanto la asimilación pacífica? Los indigenistas contestarán a esta difícil pregunta con otra pregunta: ¿Qué tenían que hacer los europeos en América?

Pero este interrogante a su vez contestarse con otro: ¿Deberían los descubridores haberse vuelto a Europa y olvidar que existía América? ¿Esperar pacientemente a que los americanos tardaran tres o cuatro mil años más en llegar al estadio en que se encontraban los europeos? ¿O tal vez concebir la idea utópica de que dejándolos solos los indios hubieran creado una civilización original completamente distinta a la de los europeos y aún superior? Pero a los hombres les resulta imposible querer ignorar lo que ya conocen. El descubrimiento de América era un hecho irreversible, no era posible volverse atrás, la quema de las naves por Hernán Cortés es un símbolo. El descubrimiento, dado el estadio en que se encontraban los pueblos precolombinos, implicaba los pasos siguientes de la conquista y la colonización como también la resistencia de los indígenas y su consiguiente represión. A lo largo de la historia, en el encuentro entre dos civilizaciones, vence la más avanzada, y cuando sucede lo contrario, los vencedores terminan aceptando la civilización de los propios vencidos: los amitas se sometieron a los derrotados sumerios, los romanos a los griegos, los bárbaros a los romanos, los árabes y turcos a los bizantinos, los persas, tártaros y manchúes a los chinos. Siempre fue así. Los europeos en cambio no se sometieron a los americanos. Si las civilizaciones precolombinas hubieran sido superiores a la española —como algunos indianistas sostienen— los conquistadores hubieran sido a su vez conquistados y Europa hubiera sido colonizada culturalmente por América.

Es preciso asumir el hecho de que el desarrollo autónomo de las culturas indígenas se cortó en el siglo XVI y es vano especular sobre lo que pudo haber sido, y un anacronismo promover hoy una polémica sobre un crimen cometido hace cuatro siglos, además de distraer de las injusticias que sufre el indio de hoy. Centrar el problema del indio en la identidad cultural que implicaría la lucha contra la llamada transculturación o aculturación, es caer en la vieja creencia de que las razas puras son superiores a las mezcladas. Gobineau y Hitler pensaban lo mismo, la ciencia moderna sostiene lo contrario. Pretender que las razas indígenas se mantengan incontaminadas y considerar la mezcla como un mal es ubicarse del lado de los racistas. De hecho, los mestizos han mostrado una participación más activa y una mayor creatividad que los indios puros. La Malinche o Doña Marina, la amante de Cortés, estigmatizada por los indigenistas como traidora a su raza, estaba señalando el camino de la fusión de las culturas. La posible asimilación queda aprobada con el caso de muchas familias patricias argentinas como los Mallea de San Juan, los Jufre de Mendoza, los Aguirre de Buenos Aires —de quien descende Victoria Ocampo—, que llevan sangre indígena. Los mestizos Luis de Tejeda y Garcilaso de la Vega no hubieran llegado a ser los escritores que fueron en los siglos XVI y XVII de no haber sido asimilados y recibido educación europea. No ha habido en el siglo XX escritores indios superiores a los mestizos Rubén Darío, Mariátegui o Arguedas.

Plantear el problema indígena como un caso de «nacionalidades oprimidas» o «razas irredentas» es disimular la pertenencia del indio antes que a una raza a una clase social: proletariado rural, subproletariado de los suburbios, clase residual de economías precapitalistas. La desigualdad económica y social que sufre el indio compete a la política y nada tiene que ver con la filosofía racial, la antropología cultural o el folclore. Los indios necesitan técnicas avanzadas para cultivar la tierra, educación, condiciones sanitarias, integración en la economía moderna. Los indigenistas no se preocupan de estas necesidades que consideran superficiales cuando no distracciones de los problemas esenciales que para ellos son la reivindicación de la posesión de la tierra y la libertad de trabajarla a la manera tradicional, sin interferencias de ningún orden extraindígena. Esto equivale, por ejemplo, a que la mejor manera de luchar contra la sequía no sea la adquisición de una bomba hidráulica sino los rituales con sacrificios de animales. La dictadura militar populista de Velasco Alvarado repartió tierras entre los indios, no logrando sino una disminución drástica en la producción de alimentos. Esta utopía reaccionaria obstaculiza el desarrollo económico, una producción agraria eficiente sólo es alcanzable con la introducción de una tecnología moderna y nuevas formas de organización del trabajo que provocan inevitablemente la destrucción de cualquier tipo de comuna indígena primitiva. Ya desde los primeros tiempos de la independencia se planteaban estos problemas. Benito Juárez es un paradigma de la cuestión indígena como problema económico y social y no racial. Su condición de indio no le impidió llegar a la presidencia de México, al mismo tiempo que dictaba leyes regulando la venta de tierras comunales que contradecían las tradi-

ciones indígenas. Todo intento de modernización del agro va en contra del tradicionalismo indígena; en Bolivia o en Perú las reformas agrarias que tienen como objetivo, tanto la pequeña propiedad como las cooperativas, no hacen sino acelerar el proceso de desintegración de la comuna indígena.

No sólo los indigenistas sino también las izquierdas populistas y los antropólogos culturalistas, siguiendo la moda actual de idealizar las etapas más atrasadas de la evolución histórica, alaban las comunidades indígenas como si fueran sociedades estables, ordenadas, de fusión armoniosa, olvidando la rivalidad entre distintos grupos, el autoritarismo de los jefes, la opresión de los jóvenes por los adultos, de la mujer india por el varón indio, el abandono y a veces el asesinato de los ancianos. Un lúcido antropólogo como Oscar Lewis llega a conclusiones bastante pesimistas sobre las comunidades indígenas sobrevivientes. Sus investigaciones revelan:

La desorganización social, agudas brechas entre los clanes, una difundida pobreza (...). También demuestra la existencia de muchas de las características de la cultura de uniones de pobreza consensual, el abandono de la mujer y los hijos, el trabajo infantil, el adulterio y un sentimiento de alienación²².

La integración del indígena es difícil pero posible, lenta pero irresistible, y la llamada identidad cultural va cediendo ante los beneficios de la vida moderna. Los viejos indios de los aylus peruanos se quejan del cambio de costumbres de los indios jóvenes, especialmente de los que vuelven de la costa. Los indios de las nuevas generaciones declaran que los viejos hablan un lenguaje que ellos ya no entienden²³. En una investigación realizada en los años sesenta en una de las comunidades más aisladas, la de los indios mapuches de la isla de Huapi en el lago Budi, del departamento de Nueva Imperial de Chile, se comprobaba que el traje femenino tradicional iba siendo cambiado por ropa actual, medias, pañuelos, pullóveres, zapatos. El mapuche abandona la antigua *ruca* que se transforma en cocina para vivir en casas con techos de zinc, desaparecen el *guillatun* y otras fiestas religiosas, la ayuda medicinal de los *machis* que resulta cara es sustituida por la presencia de médicos y de puestos de primeros auxilios con atención gratuita. Los jóvenes mapuches que adquieren algún conocimiento emigran a las ciudades. Esta misma tendencia se da en todas las minorías indígenas de Latinoamérica. Entre los tobas del Chaco argentino las bicicletas y los radios se han convertido en artículos de consumo de primera necesidad. Resulta bastante significativo ver en el libro de Elmer Miller sobre los tobas, la fotografía de dos caciques con pullóveres de cuello alto y anteojos negros. La comunidad o la familia extensa, propia del tiempo de la caza y la agricultura, va dejando paso a la familia nuclear donde el padre y no ya el jefe de la tribu es el responsable, y la familia nuclear es a la vez una etapa para el surgimiento del individuo independiente de la comunidad. Aparte de algunas artesanías que nadie cuestiona, hay poco que rescatar de la vida y costumbres de las comunidades indígenas tradicionales.

Tratar al indio como grupo étnico cultural y religioso aparte del resto de la sociedad implica aislarlo más aún, ya que en todos los partidos políticos y en los sindica-

²² Oscar Lewis: Pedro Martínez, un campesino mexicano y su familia, Joaquín Mortiz, México, 1966.

²³Véase Gregorio Rodríguez, Luis Sandoval y A. Lipschütz: «Cambios estructurales en la vida social de los mapuches». El Mercurio, Santiago de Chile, 13 de febrero de 1969, citado por Alejandro Lipschütz: Marx y Lenin en América Latina y los problemas indigenistas. La Habana, Casa de las Américas, 1974.

tos aceptan a los indios en sus condiciones de campesinos o de proletarios pero no en su condición de indios. Los indios tradicionalistas, por su parte, recelan de los partidos y sindicatos clásicos, y tienden a organizarse en *movimientos* a la manera populista o fascista.

El regreso del Tahuantisuyo sólo es concebible en una concepción cíclica de la historia inherente a la mitología indígena con sus mitos del eterno retorno, la edad de oro y la vuelta a la unidad perdida de los orígenes. El indigenista, y más aún el indianista, viven en el tiempo del mito y no de la historia, donde los acontecimientos son irreversibles y hay que hacerse cargo del hecho ineluctable de la desaparición de las civilizaciones precolombinas y asumir que la mayoría de los americanos actuales, incluidos muchos indigenistas, no existirían de no haberse producido la conquista y colonización europeas.

Sería mejor que no se llamara indios a los indios, proponía el filósofo hispanomexicano Eduardo Nicol. Ni siquiera debe hablarse ya de autóctonos o aborígenes, ya que esto implica que los americanos de ascendencia europea que constituyen la inmensa mayoría, no son sino extranjeros, intrusos, invasores, usurpadores. El concepto de raza y autoctonía es nocivo, no sólo cuando lo usan los racistas blancos contra los indios y los negros, sino también cuando lo emplean los defensores, generalmente blancos, de los indios y los negros para reivindicar en las razas llamadas de color cualidades distintivas o una vocación mesiánica o un hondo racismo bajo el disfraz del antirracismo.

Juan José Sebreli